

la caterva de íntimos y oficiosos servidores, todos vosotros estais minando la monarquía, porque os olvidais de que la extranjera, la Austriaca, como la llamais, es la reina de Francia, vuestra soberana, vuestra señora, y que vosotros no sois mas que sus vasallos. ¡Vosotros sois criminales, vosotros sois traidores!

—Madama! exclamó la princesa; madama, qué lenguaje es ese?...

—Este es el lenguaje de una mujer en réplica á su calumniadora, el lenguaje de una reina á sus vasallos rebeldes. Madama, tened la bondad de no replicarme otra vez. Habeis venido al palacio de vuestra soberana á acusarla y ella os contesta como conviene á su rango. Nuestra conversacion ha terminado. Me pedisteis una audiencia privada de media hora y ha pasado el tiempo sobradamente. Adios, madama; mi coche está listo y parto para el Trianon. Nada diré, sin embargo, al rey del nuevo ataque que acabais de dirigirme, y prometo olvidarlo y aun perdonaros el atrevimiento.

Hizo un ligero saludo con la cabeza, dió media vuelta y con soberano porte y aire altivo, salió del cuarto.

La siguió la princesa Adelaida con ojos en que se pintaba un odio profundo, y llevó tan adelante el olvido de sí misma, que alzó el puño en actitud amenazadora hácia la puerta por la cual acababa de desaparecer la noble presencia de la reina.

—Pero yo no olvidaré ni perdonaré; dijo ella entre sí. Me vengaré de esta orgullosa impudente que se atreve á amenazarme, me desafía y se llama mi soberana. Ved, esta Austriaca soberana de una princesa real de Francia! Ya le enseñarémos cuáles son los límites de su poder, cuáles los límites de la Francia. Se volverá al Austria. Nosotros no necesitamos esta Austriaca que osa desafiar nuestra autoridad.

Aunque habia sido orgulloso y altanero el porte de la reina con madama Adelaida, no bien entró ella en su alcoba y cerró la puerta que la separaba de su enemiga, cuando se desplomó en una silla gimiendo y saltó de sus ojos un torrente de lágrimas.

—¡Ah! Campan! Campan! exclamó en tono de honda amargura. ¿Qué es lo que me he visto obligada á oír? Con qué palabras han osado dirigirse á la reina de Francia?

La señora Campan, la camarera mayor, que acababa de entrar en la alcoba de porcelana, corrió al lado de su ama, y cayendo de rodillas, llevó á sus labios la mano que esta habia dejado colgando.

—¡Llora V. M.! dijo con su voz dulce y simpática. Ha dado V. M. á la princesa la satisfacción de saber que ha logrado arrancar lágrimas de la reina de Francia y enrojecido sus bellos ojos!

—No, no le daré ese gusto; contestó la reina levantándose al punto y enjugando sus lágrimas. Reiré. ¿Y por qué habia de llorar? Ella trató de afligirme, de herirme. Pero yo la he afligido y la he herido de modo que no es probable sane pronto.

—Pues qué; V. M. ha castigado á la princesa? preguntó madama Campan agitada.

—Sí, replicó Maria Antonietta triunfante. La he castigado, he herido su orgullo, porque le he hecho entender que yo soy la reina de Francia y ella mi vasalla. Le he dicho ademas, que

sus calumnias contra la reina son ni mas ni ménos delitos de alta traicion.

—¡Ah! exclamó madama Campan. Nunca perdonará eso la orgullosa princesa. Se ha convertido V. M. en su enemiga irreconciliable y hasta que se vengue de V. M. no cesará de mover cielo y tierra.

—Que se vengue sí quiere; repuso la reina cuyo semblante empezó á animarse de nuevo. No la temo ni á toda su casta. Todas sus zafatas caerán á mis piés rotas, porque me protegen y hacen inmune el amor de mi marido y la pureza de mi conciencia. ¿Y qué es lo que podrán realizar esas gentes en mi daño? Me pueden calumniar, he aquí todo; pero tarde que temprano, se descubrirán sus calumnias, se verá que han mentido, y nadie las creerá bajo su palabra.

—¡Ay! Cómo se advierte que V. M. no conoce lo malo que es el mundo! dijo suspirando Campan. Por lo visto V. M. no cree que los buenos son tímidos y los malos impudentes. Ignora V. M. que estos tienen en sus manos los medios para extraviar la opinion pública y que á los buenos les falta valor para enderezarla por el camino de la verdad y la justicia. Por otra parte, la opinion es un monstruo que establece acusacion, juzga, falla, sentencia y castiga de la manera mas sumaria del mundo. No se cura de la persona que persigue, suscita contra ella un enemigo mas potente que un ejército entero, y es mas implacable que la misma muerte.

—¡Ay! exclamó la reina levantando la cabeza con orgullo, yo no le temo á ese enemigo. No se atreverá á atacarme; antes se encogerá y humillará ante mi mirada como se abate el leon cuando confronta la vista de una virgen. Soy pura é inocente. Le comprometí mi fe á mi marido antes que él me amase, ¡la que brantaré pues ahora que me ama y es el padre de mis queridos hijos? Pero basta de cosas desagradables que manchan hasta de mencionarlas. Con qué espléndidez brilla el sol! Nos esperan en el Trianon. Vamos, Campan, vamos, la reina adoptará el traje de una esposa feliz.

Maria Antonietta pasó por delante de su camarera y entró en su camarín seguida de esta suspirando y sacudiendo la cabeza; y trató de aflojarse el corsé de la bata con sus propias manos, para ver de librarse del inmenso tontillo que tenia como en prision sus torneadas formas.

—Afuera con este traje de ceremonia y batas reales; dijo dejando caer sus tiesas ropas y quedándose en pié con un camisolin blanco y fino, que mostraba al descubierto sus brazos y hombros. Dame, Campan, un vestido de mulselina blanco y camisa de gasa.

—¿Qué, volverá V. M. á presentarse en ese traje? preguntó la camarera suspirando.

—Toma que sí, exclamó ella. ¿No ves que voy al Trianon, á mi favorito retiro? Debes saber, Campan, que el rey me ha prometido pasar conmigo en el Trianon todas las tardes de una semana y que ahí vamos á gozar de la vida, de la naturaleza y de la soledad. Asi que, por toda una semana el rey solo será rey por la mañana, por la tarde un molinero decente en la aldea de Trianon. ¿Qué tal, Campan? no crees esa una feliz idea? Y no con-

prendes que no puedo ir al Trianon en otro traje que en uno ligero y blanco?

—Entiendo, mi reina y señora; pero me ocurre que los traficantes de Leon acaban de presentar un memorial á V. M. en que se quejan de la decadencia de la manufactura de la seda y atribuyen la causa á la preferencia de V. M. por el vestido blanco, pues que las señoras de la corte se creen en la obligacion de seguir el ejemplo de su reina y dan de manos á los trajes de seda.

—Y no sabes, que madama Adelaida misma ha apoyado ese ridículo memorial de los fabricantes Leoneses, corriendo que yo uso muselina blanca, porque quiero servir á mi hermano el emperador José, y he dispuesto se traiga esa mercancía de los Países Bajos? Ah! Dejemos esas necedades á los malignos y á los estúpidos. No serán bastantes á impedir que use vestidos blancos y sea feliz en el Trianon. Un traje blanco, pronto, Campan.

—Perdóneme V. M., pero debo ántes llamar las azafatas; contestó madama Campan encaminándose á la puerta de la alcoba.

—¡Ay! ¿Para qué tanto aparato! exclamó la reina suspirando. ¿Es posible que yo no me vea libre de los grillos de la etiqueta? Porque no has de poder tú, Campan, echarme un vestido por la cabeza?

—No soy mas que un ser desvalido y pobre, y temo las enemigas. No me perdonarian nunca esas señoras, si yo usurpase sus derechos y las separase de la adorada persona de la reina. Es su deber y su derecho vestir á V. M. y calzalar los zapatos. Ruego, pues, me deis vuestro permiso para llamar á las azafatas.

—Bien, llámalas; dijo la reina con repugnancia. Llevaré aquí en Versailles estos grillos hasta el último momento; ya me desquitare en el Trianon. De seguro que allá me aguarda el desquite.

Un cuarto de hora mas tarde la reina ya estaba acicalada en su nuevo traje y al punto salió del tocador. Habian desaparecido el tieso tontillo, el corsé de huesos de ballena, con las largas puntas salientes y el empinado tocado que habia hecho Leonard por la mañana y era obra maestra del arte del peluquero. Ahora un traje blanco, adornado con un solo volante, á modo de tapapié, en anchos pliegues distribuidos con gusto, caía sobre sus académicas formas, que habia ocultado y desfigurado el traje riguroso de ceremonia. Rodeaba el busto un solo corpiño de batista, sujeto sobre el hombro izquierdo por una banda azul, cuyas largas puntas flotaban al aire. La bocamanga era ancha, ligada con melindre angosto, bajaba hasta la muñeca, pero á través del fino género podia descubrirse el brazo torneado y blanco, y el triángulo de gaza blanca que se habia echado en el desnudo cuello, tampoco velaba completamente los contornos de sus mórbidos hombros y bien formado busto. El cabello, privado de las postizas armaduras que tanto desfiguraban la cabeza de la reina, casi desprovisto de polvo, formaba un pequeño rulo en su altiva frente, y caía luego sobre la espalda en ricos bucles castaños, sobre los cuales solo se habia soplado un poco de polvo. Llevaba al brazo un sombrero de paja grande y redondo, por los barboquejos de cinta azul, y las blanquitas y finas manos las ocultaba en mi-

tones de seda negra. Así, con semblante radioso, las mejillas encendidas, los rojos y llenos labios contraídos de la sonrisa, todo inocencia, alegría y animacion, entró Maria Antonietta en la sala de recibo, donde la esperaba la duquesa de Polignac, acicalada en traje parecido.

Al verla la reina corrió hácia ella desalada como una muchacha de escuela, y con la ternura de una hermana enlazó su brazo derecho con el izquierdo de su amiga.

—Vamos, Julia, le dijo con calor, dejemos el mundo y entremos en el paraíso.

—¡Ah! contestó la duquesa riendo, le tengo miedo al paraíso. Me horroriza la serpiente.

—No encontrarás serpientes allí, Julia, repuso la reina apretando el brazo de la duquesa. Apóyate en mí, amiga mía, y ten por seguro que te defenderé contra toda serpiente y alimaña.

—Ah! No es por mí sino por mi adorada por lo que temo á la serpiente. ¿Qué soy yo para ella? Al contrario V. M., está expuesta á sus ataques.

—¡Ay! Julia, dijo la reina suspirando; por qué cuando estamos solas me hablas en el tono seco y frio de los cortesanos? ¿Por qué no has de olvidar un poco la etiqueta cuando nadie nos oye?

—Olvida V. M., replicó la duquesa riendo, que estamos en Versailles y que las paredes oyen.

—Cierto, dijo la reina volviendo á su alegre humor. Estamos en Versailles; por eso te perdono tu estilo ceremonioso. Vamos, apresurémonos á salir de este palacio orgulloso y solemne, y gocemos de la sociedad de la hermosa naturaleza, donde no hay paredes que oyen, sino Dios que sonríe y bendice sus criaturas. Adelante, Julia.

Empujó á la duquesa por la puerta del lado al corredor pequeño, y de allí á la escalera inmediata, por donde atravesando un patio, salieron al parque, á través de una portezuela privada del palacio. Delante de esta se hallaba la berlina de la reina, junto de la cual, en pié y con el sombrero en la mano, aguardaban el caballero mayor y varios lacayos.

Maria Antonietta saltó al carruaje como una gacela y luego extendió su mano á la duquesa para que subiera.

—¡Aguja! aguja! repitió dirigiéndose al cochero.

Y los caballos partieron al trote.

CAPITULO III.

TRIANON.

¡VOLAD, corceles, volad! Llevad á la reina de Francia lejos del grave y ceremonioso Versailles; del palacio de los reyes, donde todo respira exaltacion, grandeza y frialdad; llevadla al pequeño, sencillo y lindo Trianon,—á ese trasunto del paraíso, donde todo es inocencia, sencillez y paz; donde la reina puede ser mujer, y feliz tambien; y donde la jóven Austriaca tiene derecho de desterrar la etiqueta y vivir de acuerdo con sus inclinaciones, sus deseos y su humor.

Verdaderamente no parece sino que los cor-

celes se han transformado en pájaros: hunden el aire, apenas tocan en el suelo con sus cascos, ni puede regirlos bien el cochero, cuando llegan á la cerca que separa el jardín de Trianon de Versailles.

Ligera como una corza, feliz como la muchacha que no conoce los cuidados y sinsabores de la vida, María Antonietta saltó del carruaje ántes que el chamberlan tuviese tiempo de abrir la puerta de dobles batientes del jardín, para dejar pasar á la reina como es debido. Ella riendo se metió por el portillo de una sola hoja, que bastaba para dar paso al Trianon á personaje mas pretencioso si cabía serlo y tomó el brazo de la duquesa de Polignac su amiga, á fin de entrarse por una de las veredas tortuosas del parque. Pero ántes de emprender la marcha, se volvió para el chamberlan que aguardaba á la puerta en actitud respetuosa y le dijo en el dialecto Austriaco de sus primeros años.

—Weber, no es necesario que nos sigas. Estas en libertad de hacer lo que gustes, lo mismo que yo. Sin embargo, si encuentras á S. M., dile que he ido al palacio pequeño, y que si gusta puede reunirse conmigo en mi aldea cerca del molino.—Y ahora, Julia,—agregó volviéndose de repente para la duquesa y arrastrándola suavemente por el brazo,—adelante, afuera los cuidados y las penas. Ya no soy reina. ¡Dios sea loado! No soy mas ni méos que cualquiera otra mujer. He aquí la razon por qué se me antojó entrar por el portillo; porque solo por una puerta estrecha penetramos en el paraíso; y tal es esta mansion ahora para mí. ¡Ah! amiga mia, ¿no ves como los árboles, las flores, las yerbas están aquí libres del polvo de la tierra? ¿No ves que hasta el cielo aquí tiene otro color? No te parece que me contempla brillante y azul, cual el ojo de Dios?

—Así es, contestó la duquesa de Polignac, porque V. M. lo ve todo con otros ojos.

—Y dale con V. M., dijo María Antonietta impaciente. Ya tú no me amas, Julia. Tu corazón se me enagena, pues que me das el frío tratamiento de la etiqueta. Para ello tienes una buena disculpa en Versailles; mas aquí, Julia, ¿qué motivo puede haber? Las flores no escuchan, ni las plantas tienen oídos, como las paredes de Versailles. ¿Quién espíará nuestras palabras?

—Nada tengo que decir en justificacion mia, contestó la duquesa rodeando con el brazo izquierdo en un movimiento jovial el cuello de María Antonietta y estampándole un dulce beso en la altiva frente. Os pido perdon, y prometo obedecerla y que no turbaré el sueño del paraíso de mi amiga en todo el día con una palabra importuna. Ahora bien, María, ¿me perdonareis?

—Con todo mi corazón, Julia; contestó la reina en tono alegre. Y pues tenemos un día de vacacion, Julia, gocémosle como dos muchachas que celebran el nacimiento de su abuela despues de escaparse del colegio donde estaban á pupilo. Veamos cuál de nosotras corre mas. Apostemos. Mira, allá sobre los árboles se descubre nuestra casita. Veamos quién de nosotras la alcanza primero.

—¿Y ha de ser sin parar? preguntó la duquesa asombrada.

—No pongo condiciones. Digo únicamente, veamos quien llega allá primero. Si tú ganas, Julia, te concedo el privilegio de nombrar un hombre que tenga el primer puesto en mi guardia Suiza; puedes escoger el protegido por quien me hablabas ayer. Vamos. A correr. Una!...

—No, María, le interrumpió la duquesa. Su poniendo que yo llegue primero ¿que te daré?

—Un beso. Un beso cordial, Julia; nada mas quiero de tí. Ahora pues; una, dos, tres!

Y con esta última palabra, partió María Antonietta á carrera tendida á lo largo de la angosta avenida. Con el impulso del sombrero redondo de paja que le cubria lo alto de la cabeza se cayó hácia atras; las cintas azules del barboquejo flotaban al viento como dos gallardetes; el vestido blanco de ligera muselina se infló con el aire; y sin duda que el gran chamberlan y Madama Adelaide se hubieran quedado estupefactos, si hubiesen visto á la reina de Francia corriendo por las calles del jardín del Trianon, cual una loquilla escapada de la escuela.

Pero ni por las mientes le pasaba á ella que habia algo malo en aquella diversion inocente: léjos de ello, no apartaba sus miradas risueñas de la meta, y á medida que la blanca casita surgia del mar de verdura que la rodeaba, con el rabo del ojo seguia los pasos de su amiga, quien le quedaba muy atras.

—Corre! corre! gritó la reina. Quiero y debo ganar, porque el premio es un beso de mi Julia.

Y con renovado ardor siguió adelante. La callejuela del jardín iba derecho á perderse en una gran plaza enfrente del palacio. En llegando al término, se paró de repente la reina y se volvió para ver á su amiga, la cual se habia quedado muy á la zaga. Y esta, no bien notó el movimiento de la reina, avivó el paso á fin de alcanzarla ántes de entrar al espacio ancho y abierto, pero María Antonietta le hizo señas de que parara y retrocedió para reunirse con la duquesa.

—Inútil es que te esfuerces mas, Julia; yo he ganado. Claro está.

—No lo niego; replicó la duquesa alegre. En realidad yo no deseaba ganar, porque no pareceria sino que yo tenia que merecer lo que quiero en cambio de una apuesta. Haces mal, María Antonietta. Tú quisieras que yo olvidara aquí en el Trianon que eres la reina de Francia, aun cuando tú misma no lo olvidas. Solo la reina propone un premio como el que tú has propuesto, y solo la reina puede pedir de la perdidos la prenda que tú has pedido en cambio. Has hecho de modo, en una palabra, que no me es posible ganar, pues sabes que no tengo nada de egoista.

—Lo sé y hé aquí la razon, Julia, por que te amo tiernamente. He hecho mal, continuó en tono de voz meloso; lo veo y te pido por ello perdon; y como prueba de que me perdonas, dame el premio de mi victoria, un beso, Julia, un dulce beso.

—Aquí no, contestó la duquesa. Ah! Aquí no, María. ¿No ves abiertas las puertas de los salones? ¿No ves todos tus convidados reunidos? Todos ellos me envidiarían y con razon se morirían de celos si viesen las preferencias que tenias conmigo.

—Que se mueran de celos, que se los coma la envidia; repuso la reina con viveza. No me importa. El mundo sabe que Julia de Polignac es mi mejor amiga, y que despues de mi marido y de mis hijos ella es la que mas amo. Y dicho esto rodeó con sus brazos el cuello de la duquesa, é imprimió en sus mejillas un apasionado beso.

—Notó V. eso? dijo el baron de Besenval á lord Adhemar con quien jugaba á las damas en la sala. ¿Vió V. el cuadro que acaba de representar la reina, tomando por modelo un grupo de la Amistad?

—Daria cualquier cosa por reproducir ese grupo en mármol; repuso Adhemar riendo. Haria juego con Orestes y Pilades.

—¿Pero cuál seria el compañero de Orestes, perseguido por las Furias, rodeado de serpientes? dijo la duquesa de Guemene, levantando la cabeza de algo que bordaba á la sazón.

—Toma! seria la reina; replicó el conde de Vaudreuil, que se hallaba al piano ensayando una nueva pieza de música. La reina es el Orestes femenino; las Furias las tres tias reales; y las serpientes, perdonadme señoras, exceptuando las presentes, son todas las mujeres de Paris.

—Es V. muy maligno, conde; exclamó madama Morsan. Aseguro que si nosotras no estuviéramos aquí, nos incluia V. en el número de las serpientes.

—Si lo hiciera así, dijo el conde de Vaudreuil riendo, me alegraria tomar la manzana de maganos de V., á fin de ser arrojado del paraíso en compañía de V. Pero ¡chiton! la reina se acerca.

Si, precisamente entónces la reina entraba en el salon. Por causa de la carrera traia las mejillas encendidas, le latia el pecho con violencia y respiraba con dificultad. Se le habia caido el sombrero sobre un costado y tenia el cabello fojo y descompuesto.

No fué la reina la que entró en la sala, fué solo María Antonietta, la mujer jóven y sencilla, que saludaba á sus amigos con dulces sonrisas é inclinaciones repetidas de cabeza. Habia ella ordenado que nadie se levantase cuando entrara, sino que la que bordaba continuase bordando, el que tocaba tocando y así de lo demas.

De consiguiente, las mujeres continuaron en su obra, los señores Besenval y Adhemar no interrumpieron su juego de damas, y solo el conde de Vaudreuil dejó el piano, no bien se presentó allí la reina.

—Qué tocaba V., conde? le preguntó María Antonietta.

—Perdone V. M. si dejo su pregunta sin contestacion; respondió el conde con una ligera inclinacion de cabeza. Posee V. M. tan buen oido que sin duda reconocerá el compositor por la música. Es una composicion nueva y me he tomado la libertad de arreglarla para cuatro manos. Si V. M. se dignase...

—Ya, le interrumpió la reina, vamos á ensayarla.

Y diciendo y haciendo se quitó los guantes y se sentó al lado del conde en un asiento que le habian preparado.

—No será la música muy difícil para mí? preguntó ella con timidez.

—Nada es muy difícil para la reina de Francia.

—Pero hay mucho que es muy dificultoso para la *dilettante* María Antonietta; dijo ella suspirando. Sin embargo, probemos.

Y con gran facilidad y gusto la reina empezó á tocar el bajo de la composicion arreglada para cuatro manos por el conde Vaudreuil. Pero mientras mas tocaba mas á prisa desaparecia del semblante de la reina la expresion risueña y alegre con que empezó á tocar. Bafió su noble semblante la expresion del mas hondo sentimiento, sus ojos despidieron fuego, al paso que sus mejillas de rojas que eran cuando se sentó al piano, se tornaron pálidas por la emocion.

De súbito, y en medio de lo mas interesante de la pieza, María Antonietta cesó de tocar, y cual si no pudiese dominar la emocion que experimentaba, se levantó bruscamente.

—Solo Glück, puede haber compuesto esto! exclamó. Hé aquí la música, la divina música del eminente maestro, mi gran maestro el caballero Glück.

—Tiene razon V. M. dijo el conde Vaudreuil asombrado. Es una gran música V. M., el pupilo ideal del ingenioso maestro. Si, esta pieza no es de otro que de Glück. Es la overtura de su nueva ópera "Alceste" que me acaba de enviar de Venecia para someterla al juicio de V. M. Los tonos hablan por el maestro y reclaman la proteccion de la reina.

—No se ha dirigido á la reina, sino á mi corazon; dijo María Antonietta con la voz todavia afectada. Ese ha sido un recuerdo de mi hogar, un saludo de mi maestro, que es al propio tiempo el mayor compositor de la Europa. ¡Ah! Tengo orgullo en llamarme su discipula.

Pero no necesita de proteccion Glück; ántes nosotros, á quienes regala las producciones de su genio, somos los que la necesitamos. Le agradezco á V., conde, añadió María Antonietta volviéndose para él y sonriendo,—por este rato agradable que me ha proporcionado. Pero sabiendo ahora como sé que esta es música de Glück, no me atreveré á tocar otra nota; porque no darle á una sola su justo valor, es á mis ojos como una traicion contra la corona. Estudiaré y ensayaré esa pieza y quizas la toque algun día ante toda la corte. Y ahora, mis ilustres huéspedes, si les place, vamos al encuentro del rey. Todo caballero que escoja su señora y marchemos, no en procesion ceremoniosa, sino cada pareja por su camino.

Y todos los caballeros presentes corrieron á ofrecer su brazo á la reina, pero ella con amable sonrisa rehusó el ofrecimiento y tomó el del mas anciano, el baron de Besenval.

—Venga, baron, le dijo; he descubierto una nueva senda que ninguno de estos señores conoce, y por la cual, estoy segura, llegaremos á donde está el rey ántes que los demas.

Apoyada, pues, en el brazo del baron, salió de la sala y por la puerta principal al terrado que conducia al umbroso parque.

—Pasaremos por el jardín Inglés. He hecho abrir un sendero á través del bosque: esta es la línea mas recta: los otros irán por el jardín Italiano y tendrán que describir un círculo. Pero vea V., baron, por allí viene alguien. ¿Quién será?

Y la reina indicó con el dedo un hombre alto y delgado, que á grandes pasos se acercaba en línea paralela á la que ella seguia.

—Madama, contestó el baron, ese es el duque de Fronac.

—¡Ay! exclamó la reina. De seguro que viene á molernos la paciencia y darnos ratos desagradables.

—No quiere recibirle V. M.? Me faculta para despedirla?

—¡Ah! No, no; dijo María Antonieta suspirando. El es otro de nuestros enemigos, y con estos debemos proceder con mas tiento que con nuestros amigos.

Precisamente entónces el duque de Fronac ascendió la última colina y se aproximó á la reina con repetidos saludos, á los cuales correspondió ella con una sonrisa é inclinacion de cabeza.

—Bien, duque, ¿soy yo con quien desea hablar el director en jefe de los teatros reales?

—Madama, contestó el duque, he venido á rogar á V. M. me conceda una audiencia.

—Por concedida; y como V. ve, es muy imponente, porque nos hallamos ante el trono de Dios y por pabellon tenemos la bóveda del cielo. Ahora bien, duque, ¿qué se ofrece?

—Vengo, si place á V. M. á entablar una queja.

—Contra mí, por supuesto; dijo la reina con sonrisa irónica.

—Vengo á entablar una queja, repitió el duque desentendiéndose de la observacion de María Antonieta. S. M. el rey se ha dignado nombrarme director en jefe de los teatros reales y darme poderío sobre todos ellos.

—Bien ¿y qué tengo yo que ver en esto? preguntó la reina con expresion glacial. A V. se le han señalado ciertos deberes, á V. toca hacer que se cumpla lo que se manda y que en sus teatros haya orden, todo como si fueran soldados bajo su mando.

—Pero vea V. M. que hay un teatro que trata de ponerse fuera de mi jurisdiccion. Y por virtud de mi empleo y de la confianza que en mí se ha hecho, suplico encarecidamente á V. M. se ponga ese nuevo teatro real bajo mi cuidado.

—Por mi fé que no le entiendo; dijo la reina con calma. ¿De qué nuevo teatro habla V? Dónde está?

—Aquí, en el Trianon, si place á V. M. Aquí se representan zarzuelas, comedias, entremeses. El teatro está adornado y amueblado como todos los demas; es un teatro permanente, y puedo por consiguiente pedir que se ponga á mi cargo, porque lo repito, el rey me ha nombrado director de todos los teatros sin excepcion.

—Pero, duque, repuso la reina en ménos duro tono, olvida V. una cosa, y es, que el teatro del Trianon no pertenece á los teatros de S. M. el rey. Este es mi teatro y el Trianon mi reino. ¿No ha leído V. en los cartelones de la entrada que la reina es la que legisla aquí? Ignora V. que el rey me ha dado este pedacito de tierra á fin de que yo goce aquí en libertad y que haya un lugar donde la reina de Francia pueda hacer su gusto?

—Ruego á V. M. me perdone, dijo el duque haciendo una profunda reverencia. No creia yo que hubiese un lugar en Francia donde el rey no fuese soberano absoluto y sus órdenes imperativas.

—Ve V. pues, que está V. equivocado. Aquí

en el Trianon yo soy el rey y mis órdenes obligatorias.

—Eso no impide, augusta señora, repuso el duque con vehemencia, que las órdenes de S. M. el rey tengan igual fuerza. Y aun cuando la reina de Francia desconozca estas leyes, con todo eso, otros no se atreven á seguir su ejemplo; porque se atienen á lo que son, meros vasallos del rey. Así pues, aun aquí en el Trianon yo soy el humilde vasallo de S. M. el rey y estoy obligado á obedecer sus mandatos y cumplir con mis deberes.

—Señor duque, exclamó la reina ya impaciente, ¿no tiene V. la entrada franca al Trianon? No puede V. venir ó dejar de venir? Pues bien, yo le relevo del deber de venir y de este modo no volverá á suceder que tenga V. que obrar contra los dictados de su harto delicada conciencia ni los mandatos del rey.

—Pero vea V. M. que hay un teatro en el Trianon.

—Y dale con la moledera, duque. No hay teatro en el Trianon, lo que hay es que yo la reina, el príncipe de la real familia y las personas que yo invito, sostenemos un teatro casero. Sepa V. desde ahora para siempre, que V. no puede ser director del escenario en donde nosotros representamos. Por otra parte, ya he dado á V. mi parecer varias veces respecto al Trianon. Aquí no tengo córte: aquí vivo como persona privada: aquí no soy mas que la propietaria de esta finca, y de los placeres y diversiones que aquí me rodeo para mi solaz y el de mis amigos, nada mas que yo será el inspector.

—No es una sola persona la que inspecciona á V. M., sino la opinion pública, creo pues, que esto me abona; concluyó el duque con sonrisa glacial.

Y sin esperar á que la reina lo despidiera, hizo él un saludo profundo, volvió la espalda, y desapareció por donde habia venido.

—No tiene pudor ese hombre! murmuró la reina con las mejillas pálidas y los ojos ceceantes, viéndole marcharse.

—Es ambicioso, dijo Besenval. De esta manera implora á V. M. y arriesga vida y empleo, en la esperanza de ser recibido en la sociedad de la córte.

—No, no, repitió María Antonieta con vehemencia. Nada hay en mí que le atraiga. Las tias del rey le azuzan contra mí, y tal es el nuevo expediente que su ternura les ha inspirado para irritarme y aburrirme. Pero no hablemos mas de esto, baron: olvidemos ese contratiempo y acordémonos solamente que estamos en el Trianon. Vea, entramos ahora en mi querido jardin Inglés. ¡Ah! Tienda la vista en derredor, baron, y dígame si todo esto no es hermoso y si no tengo razon de estar orgulloso de todo lo que he creado aquí?

Mientras así hablaban la reina se adelantó con ligeros pasos hácia un bosque de flores que enviaban al aire sus exquisitos perfumes, á la entrada del jardin Inglés.

Ere este en verdad creacion de la reina y formaba un notable contraste con los setos recortados y solemnes, las calles rectas, las ordenadas macetas de flores, los tanques y arroyos amurallados, los árboles obligados por la tijera del podador á guardar esta y aquella forma violenta, que se veian en los jardines de

Versailles y parte de los del Trianon. En la jardineria Inglesa, como se sabe, lo que mas se acerca á lo natural, eso parece mas bello. Aquí las aguas del arroyuelo saltan y forman espuma, allá se reúnen en un charco y representan un espejo bruñido y acullá y en todas partes árboles y plantas que crecen segun el viento esparció la semilla. Centenas de árboles corpulentos y muy hermosos, tales como sauces, robles americanos, acacias, alerces, daban sombrío agradable y con la diversidad de sus verdes armonia inimitable al cuadro. El suelo aquí formaba ondulaciones suaves, allá ligeras hondonadas y gargantas. Nada parecia en orden, no se descubria sistema, pues hasta en el sitio donde habia andado la mano del hombre, se habia procurado no apartarse en lo mas mínimo de la naturaleza.

Mientras mas se internaba la reina con su compañero en aquel mar de verdura y flores, mas se animaba su semblante y mas chispas de contento despedian sus ojos.

—¿No es esto todo muy hermoso? le preguntó ella al baron que marchaba á su lado en silencio.

—Do quiera que V. M. va, todo luce hermoso; contestó él en tono en sí es no es amoroso.

Pero la reina no lo echó de ver, tan lleno estaba su corazon de alegría ingenua; y en efecto, no parece sino que le faltaban oídos, para escuchar el gorgojo de los pájaros, que desde la espesura saludaban el sol poniente. ¿Ni cómo podria ella parar la atencion en las palabras ociosas del baron, su compañero escogido, cuando ya pasaba de los cuarenta y cinco y empezaba á encanecer?

—Me parece, baron, dijo ella con risa ingenua, viéndolo cantar, que apenas acabó de cantar, emprendió el vuelo hácia lo alto;—me parece que la naturaleza me saluda en esa ave-cica. ¡Ah! añadió cambiando de tono, realmente necesito oír á veces las notas amistosas y dulce melodía de una bienvenida libre de toda mezcla. Mucho he sufrido hoy, baron, y la música de ese pajarito ha servido de bálsamo para mas de una herida.

—¿Estuvo en París V. M.? preguntó Besenval algo dudoso y mirando al triste semblante de María Antonieta de un modo extraño.

—Sí, contestó ella volviendo á animarse. Los Parisienses con mucho entusiasmo le dieron la bienvenida á la esposa de su rey y madre de los hijos de la Francia.

—No, madama, replicó el baron enrojándose, los Parisienses dieron la bienvenida á la mujer mas hermosa de la Francia, la reina adorada, la madre de los pobres y de todos los que padecen.

—Y con todo eso, añadió ella pensativa, allí una nota disonante vino á mezclarse con el júbilo general. Mientras todos daban vivas entusiastas, resonó en mis oídos una voz, que me pareció de mal agüero. Créame, Besenval, no es todo como debería ser. Hay algo hasta en el aire que respiro que me llena de ansiedad y de temor. No puedo apartarlo de mí. Siento como si la espada de Damocles, pendiese sobre mi cabeza, y fuesen muy débiles mis manos para quitarla de ahí.

—¡Ay! de los traidores que se atreven á suspender la espada de Damocles sobre la cabeza de la reina!

—¡Ay! de ellos, pero ¡ay! de mí tambien; dijo la reina con aire melancólico. Esta mañana tuve una entrevista tempestuosa con madama Adelaida. Por lo visto, mis enemigos han concertado un nuevo plan para atacarme y esa señora es el heraldo que viene á anunciarme el principio de la lucha.

—¿Se atrevió á acusar á V. M.? preguntó Besenval. Y como la reina contestase afirmativamente con un movimiento de cabeza, añadió él:—Pero ¿qué pueden decir? De dónde sacan el veneno para envenenar las zaetas con que procuran herir el mas noble y puro de los corazones.

—Lo sacan de su celo, de su odio contra la casa de Austria, de la rabia que les causa el amor que me profesa el rey. ¿Qué pueden decir? De pequeñas cosas forman monstruosos crímenes. La pedrezuela la convierten en roca para pegarme. ¡Ah! amigo mio, he sufrido mucho hoy y á fin de referirselo todo le escogí de compañero. No me atrevo á quejarme al rey, continuó la reina ya con lágrimas en los ojos, porque no quiero ser la causa de un rompimiento en la familia, y estoy segura que él le haria sentir su cólera el que hubiese dado pena á su esposa. Pero V. es mi amigo, Besenval y confío en su amistad y honor. Ahora bien, V. que conoce el mundo, que es mayor y tiene mas experiencia que yo, dígame ¿hago mal en vivir como vivo? Tienen derecho las tias del rey de imputarme á crimen mis sencillos goces, la delicia que hallo en estos paseos y diversiones? ¿Tiene derecho el conde de Provenza de imputarme á crimen, el que yo aconseje al rey y le dé mi opinion en asuntos políticos? Debo yo condenarme á una separacion del pueblo y de la córte, como hermosa estatua en alto pedestal? Han de negármese los sentimientos, amor y odio, como á cualquiera mujer? No es la reina de Francia mas que el cordero del sacrificio que el ídolo mudo de la etiqueta lleva en sus brazos de plomo, y lo aplasta estrechándolo contra sí mismo? Dígame, Besenval, hableme con franqueza y como hombre honrado, teniendo presente que Dios oye nuestras palabras.

—Séame Dios testigo, dijo el baron con solemnidad. Nada ambiciono tanto como que me oiga V. M.; porque mi vida, mi felicidad, mi miseria, todo pende del corazon de V. M. No, digo que no. Las tias del rey, las ancianas princesas, contemplan la posicion de las cosas hoy dia, con ojos de basilisco, con envidia rabiosa, bajo un punto de vista falso por supuesto. Han vivido ellas en la córte de su padre; han visto el Vicio en el traje de la Virtud; la Desfachatez bajo el disfraz de la Inocencia, y por decontado, ya no creen en la Virtud ni en la Inocencia. Pareceles una estudiada coquetería la pureza de la reina, culpable frivolidad su ingenua alegría. No, no tiene razon el conde de Provenza de decir que el rey hace mal en querer á su esposa con toda su alma. No tiene razon en imputar esto á V. M. como una culpa, ni en oponerse á que V. M. aconseje al rey y trate de mezclarse en la politica del Estado. Todo el delito de V. M. consiste en el hecho de ser las opiniones políticas de V. M. opuestas á las suyas, y en que, á causa de la influencia que V. M. tiene sobre el corazon del rey, sus tias no representan pa-

pel. Demas de eso, V. M. es Austriaca, amiga del duque de Choiseul. Hé aqui, en dos palabras, todo el pecado de V. M. Pero en pu- ridad, no seria V. M. ménos digna de censura á los ojos de esos enemigos, si V. M. actuase y viviese en estricta conformidad con los pre- ceptos de la etiqueta de las reinas de Fran- cia, establecidos cien años há. Daño grande pues ocasionaria V. M. á toda su corte, y á sí misma, si sujetase su juventud, su be- lleza, su inocencia, á las duras exigencias de leyes vetustas y abolidas. Seria mas seria locura que V. M. se condenase á la soledad y el fastidio. ¿Por qué no habia de hacer uso la reina de Francia de un derecho, que la mas humilde de sus vasallas posee, es decir, del derecho de rodearse de sus amigos y diver- tirse con ellos? Sé que vivimos en una época de extravíos; ¿pero los habia ménos cuando la etiqueta reinaba en toda su fuerza y plenitud? Acusan así mismo á V. M. de que evita los grandes círculos de la corte, y la partida de es- tantiguas con que acostumbraba fastidiarse la familia real de Francia. Dicen que prescin- diendo V. M. de la etiqueta socava V. M. el respeto que el pueblo debe mostrar siempre á su trono. ¿Pero no es ridiculo pensar que la obe- diencia de los vasallos, dependa del número de horas que la familia real gaste en la sociedad de cortesanos fastidiosos y cansados? No reina mia; cierre los oídos á los sibidos de las ser- pientes que rodean á V. M. Prosiga V. M. con valor por el camino que se ha trazado, que lo es de la inocencia, del candor y del cariño.

—Gracias, gracias, repitió Maria Antonieta en su entusiasmo. Sus palabras, baron, han disipado muchas dudas que pesaban sobre mi corazón, dándome nuevo ánimo. ¡Gracias!

Y con ojos chispeantes y amorosa sonrisa, le presentó ambas manos al baron. El las estre- chó en las suyas con efusión, y, cayendo de ro- dillas, las atrajo á sus labios y las besó calorosa- mente.

—Ah! reina mia, mi señora, exclamó; con- temple á los pies de V. M. á su criado mas fiel y esclavo mas rendido. Reciba V. M. de mis labios el juramento de mi eterna consagración y de mi amor. Me ha honrado V. M. con su confianza, se ha dignado llamarme su amigo; pero mi alma y mi corazón codician otro título. Hablad, señora, Maria Antonieta, decid la pa- labra....

Esta dió un paso atrás y una palidez mortal se extendió por sus mejillas. Habia escucha- do al principio con asombro, y en seguida con horror é indignación, á las insolentes palabras del baron, y gradualmente sus amorosas fac- ciones asumieron una expresion fiera y de desden.

—Señor baron, dijo con la noble dignidad de una reina, ya os dije que Dios nos veia y escu- chaba nuestras palabras. Habeis sido harto impudente en vuestro discurso, y dejo á Dios el castigo de vuestra impudencia. Alzad. Na- da sabrá el rey del insulto que acabais de ha- cer á su esposa y que os condenaria á perpe- tua ignominia; pero lo sabrá todo, si os atre- viese con una mirada ó un gesto á repetir esta escena impudente y ridicula.

Y mientras con el dedo le indicaba imperiosa- mente el punto á donde se dirigian, en tono de mando, añadió:

—Id por delante, señor baron, que yo segui- ré detras sola.

Pasaba por el ánimo del baron de Besenval, lo que no habia experimentado jamas en su vi- da con toda su experiencia de cortesano y su conocimiento del mundo, porque se avergonzó, perdió el tino y ya no fué dueño de sus pala- bras. Levantóse, y despues de hacer una re- verencia profunda á la reina, tomó la senda que ella le habia indicado, todo confuso y á paso menudito.

Mientras pudo le siguió Maria Antonieta con la vista y cuando cesó de verle, echó en torno suyo una mirada triste.

—Sola estoy otra vez, murmuró, y privada de una nueva ilusion. ¡Ay! ¿Será cierto, pues, que no hay amistad para mí? Ha de ser el amigo un envidioso ó un enamorado? Has- ta este hombre, á quien honré con mi confian- za, hácia el cual abrigaba el sentimiento de un discípulo por su maestro, hasta este miserable osa insultarme. ¡Ah! ¿Fuerza es que mi co- razón tropiece con algun estorbo todos los dias y que haya de comprar mi felicidad con lágrimas de sangre?

Y diciendo esto la reina se cubrió la cara con ambas manos y lloró amargamente. Reinaba la quietud en torno suyo; pues solo se oia el chirrido de algun pajarito oculto entre los ar- bustos, chirrido agudo y misterioso; al paso que las ramas de los árboles, mecidas apénas por la brisa, gemian melancólicamente, como si simpatizasen con los pesares de la reina y quisiesen enjugar las lágrimas que caian en las flores.

Pero á poco ella se quitó las manos de la cara, alzó la cabeza con orgullo y fiereza y dijo:

—No mas llanto. ¿Qué dirian mis amigos si me viesen hécha una Magdalena? Qué mur- mulos y cuchicheos no habria, si se supiese que la gentil, la feliz y la alegre Maria Antonieta lloraba como una chiquilla? Ah! Dios mio, añadió levantando los ojos al cielo, he pagado hoy bien caro por mi felicidad, consérvame al ménos el capital, y con gusto pagaré al mundo el interes mas subido, tal como puede desearel el mayor usurero.

Y marchó adelante con mas animado conti- nente y mas fácil paso. Empezaron los arbus- tos á dar mayor entrada á la luz del dia, y á poco andar la reina dejando atras el jardín In- glés desembocó en el espacio abierto en medio del cual habia erigido ella su Arcadia, su pa- raíso soñado. Paróse de repente á contem- plar con ojos gozosos y radiantes de alegría, el grupo de casas que habia trazado su arquitecto Hubert Robert.

Y bien podia vanagloriarse la reina en aque- lla creacion, en aquel poético idilio, que se al- zaba lejos del esplendor de los palacios como una violeta en la maceta, entre las gayadas flores tropicales que adornan la mesa de un rey. Inmediatas unas á otras habia casitas semejantes á las que habitan los campesinos. Por detras de ellas circulaba un arroyo bulli- cioso y con sus aguas espumantes hacia girar la rueda blanca de un molino al extremo de la aldea. Cerca de este, mas allá del arroyo, ha- bia una solitaria casita, mas elegante y gra- ciosa que las demas. Estaba rodeada de flo- res, viñas y sendas hechas con el laurel. El

techo era de paja, las ventanas tenian celosias pintadas de verde, aquel era, en una palabra, el nido de Maria Antonieta. Ella misma habia trazado el plan, siendo su deseo que fuese pe- queña, sencilla y modesta, campestre; que no tuviese nada nuevo, pues que artificialmente hizo que dejaran hendijas y resquebraduras en sus paredes, á fin de que se creyese que era vieja y que el tiempo le habia causado esas averías.

Inmediata á esta casita de la reina habia otra mas pequeña todavía que llamaban la le- cheria, porque á ella se llevaba la leche de las vacas que ordeñaba Maria Antonieta con las aldeanas. Frente de esa casita estaba la del juez de la aldea, y no muy distante la del maes- tro de escuela.

Todo estaba al cuidado de Maria Antonieta. —¡Ah! exclamó ella contemplando su obra con delicia. El mundo es hermoso y aquí es- pero gozar y ser feliz.

Se adelantó con rapidez, echando á un lado y otro miradas inquisitivas para ver si los aldeanos no se habian ocultado y la esperaban; pero todo yacia en silencio, y ni un solo habi- tante asomaba el rostro por ninguna ventana.

De pronto, no obstante, un ruido chillon, interrumpió el silencio del lugar. Empezó á girar la blanca rueda del molino y se asomó á la puerta la corpulenta figura del molinero en traje blanco, gorro del mismo color, el rostro todo lleno de polvo y muy risueño.

Al verlo la reina dió un grito de alegría y corrió al molino; pero ántes de que llegara á su puerta, se abrió de par en par la del juez de la aldea, quien en traje negro, con una ancha cinta blanca en torno del cuello, la caña Espa- ñola de puño de oro y el sombrero negro de tres picos en la mano, salió de su casa. Se adelantó hácia Maria Antonieta y con actitud amenazante y ambos brazos en jarras se le plantó delante y la dijo:

—Nos desplace altamente el modo poco dig- no con que descuidais los deberes de la hospita- lidad. Queremos saber por qué os habeis demorado tanto, pues las flores se marchitan, los ruiseñores no cantan, ni los cabritos pacen la fresca yerba del prado.

—Eso no es cierto, dijo otra voz alegre que salió por la ventana de la escuela. Y en efecto se asomó por ella el joven maestro y am nazó al juez con su férula. Cuando estuvo fuera, añadió:

—¿Cómo os atreveis á decir que aquí todo ocurre? No estoy yo para animarlo? Desde que la gente cesó de aprender, soy el maestro de los cuadrúpedos y les enseño el arte de ha- cer la vida agradable. Me teneis pues de maestro de baile de las cabras y acabo de abrir escuela para los cabritos.

—Señor maestro, dijo Maria Antonieta rien- do, deseo probar vuestra habilidad en el baile y espero que esta tarde nos dé una muestra en el prado. Por lo que toca á vos, señor cor- regidor, quisiera que fueseis mas indulgente con- migo y me perdonaseis algo por mi juven- tud.

—Va, gritó el corregidor como si mi querida cuñada necesitase ahora de los cuidados de nadie.

—Ola, ola, señor conde de Provenza, os sa- tis de vuestro papel y olvidais dos cosas: una

que no soy aquí la reina; otra que en Trianon están desterradas las lisonjas.

—Depende de vos, si la verdad suena á ada- lacion ó no; repuso el conde de Provenza.

—Hé ahí una respuesta digna de un estu- diante; dijo el maestro conde de Artois. Her- mano, no conocéis el A—B—C de la galante- ria, fuerza es que aprenda en mi escuela.

—No dudo, hermano Carlos, que mucho de esto podia aprender con vos, replicó el otro sonriendo. Entretanto, no estoy seguro que mi esposa aprobase la instruccion.

—Ya le pediremos su permiso; observó la reina. Hasta luego, hermanos míos, dejadme saludar á mi querido molinero.

Y diciendo y haciendo subió á saltos la esca- lera del molino, echó los brazos en torno del cuello del supuesto molinero, quien la estrechó en los suyos con fuerza y la llevó adentro.

—Gracias, Luis, dijo la reina besando la ma- no de su marido. ¡Qué sorpresa tan agrada- ble me has preparado! Qué bondad la tuya de esperarme en mi finca!

—¿No dijiste el otro dia que deseabas una farsa por este estilo? le dijo el rey sonriendo. Tú misma repartiste los papeles, me diste á mí el del molinero, al conde de Provenza el de cor- regidor, y al caprichoso Artois el de maestro de escuela. Todo se hace aquí por la reina se- gun reza el letrero de la puerta, no te admires pues, de que vasallos fieles obedezcan tus mandatos.

—¡Ah! Luis, Luis, repitió la reina con lá- grimas de gozo; ¡qué bueno eres! Conozco que tú encuentras muy poco placer en estas bo- berías y curiosidades y por eso me complaces tanto mas la parte que tomas en ellas.

—Esto lo hago porque te amo! dijo el rey con sencillez y plácida sonrisa. Sí, Maria, te amo tiernamente y tengo gusto especial en contribuir á tu felicidad.

—¿Recuerdas, Luis, le preguntó la reina echándole un brazo por la espalda, recuerdas lo que me dijiste cuando me diste el Trianon?

—Vamos, ¿y qué? repuso el rey como dudoso.

—Me dijiste: tú amas las flores, pues te voy á regalar un ramillete completo: tuyo es el pe- queño Trianon. Querido Sire, no me has re- galado solamente un ramillete, sino un manojó de horas deliciosas, de años felices, y esto es lo que yo te agradezco en el alma.

—Y quiera el cielo, Maria, que nunca se mar- chite ese ramillete; exclamó el rey levantando los ojos en alto y bendiciendo la cabeza de su esposa. Pero ahora que me acuerdo, añadió él tras corta pausa, me haces olvidar de mi papel y el molino no anda porque falta el molinero. Además de esto necesita reparacion y es fuerza que ponga en práctica mis conocimientos mecánicos. Pero escucha, ¿qué canto es ese?

—Ese es el canto con que nos saludan los al- deanos, dijo la reina. Venga, señor molinero, presentémonos.

Arrastró ella al rey á la escalera del frente. Al pié de esta se hallaban los dos hermanos de Luis XVI de que ya hemos hablado, y de- tras de ellos las princesas, duquesas, condes y duques, todos en traje de aldeanos. La cancion que cantaban tenia este estribillo.

¿Se puede estar mejor
Que en el seno de la familia?

Sonrióse María Antonieta al oír la voz de sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

Horas felices fueron en efecto las que pasó en el Trianon aquel día la pareja real, tan brillantes y apacibles para María Antonieta especialmente, que olvidó sus amargas tristezas de por la mañana y sin reserva se entregó al goce de aquella vida, se puede decir bucólica. Comieron una comida campestre compuesta de huevos, harina y leche. Después todos salieron al prado y se sentaron en la verde yerba, bajo los copudos árboles á contemplar las vacas paciendo y dándole de mamar á sus terneros. Pero como la vida de los campesinos no se reduce á comer y gozar, María Antonieta, queriendo dar el ejemplo de laboriosidad á su gente, hizo traer la rueca, que puesta en un banquillo, no tardó en dar giros é hilar. ¡Cuán rápidamente giraba! Así gira la rueda de la fortuna, que hoy ofrece goces, mañana calamidades.

No había cerrado la noche y todavía daba vueltas la rueda de la fortuna, trayendo en pos de sí calamidades sin cuento. Y es que María Antonieta de nada estaba más distante á la sazón que de la siniestra verdad simbolizada en la rueca. Sus ojos relampagueaban de júbilo, la sonrisa no abandonaba sus labios de rosa. Ni cuando dejó la rueca y con la caña de pescar en la mano á orillas del lago, daba un grito infantil de alegría cada vez que pillaba un pez, se le anubló el semblante un punto, ni le pasó por la mente de que todo aquello debía convertirse en breve en lágrimas y sangre. Cogidos los habitantes del lago por su codicia, la reina los condimenta con sus propias manos y se los presenta al rey á la hora de la cena, todavía risueña y contenta. La rueda de la rueca ha cesado de girar, pero la de la suerte continúa moviéndose.

Ya no está allí el rey, se ha retirado á su molino. Pero no está solo. ¿Quién se atreve á turbarle? Algo serio debe ser; porque es bien sabido que el rey casi nunca va al Trianon y que cuando está en él no quiere que le hablen de negocios.

El que le molesta, pues, no es otro que su primer ministro el baron Breteuil, que viene en busca del molinero del pequeño Trianon, para rogarle, aun allí, que sea de nuevo rey.

CAPÍTULO IV.

EL COLLAR DE LA REINA.

LUEGO que un paje, vestido de molinero, anunció la llegada del baron de Breteuil, se retiró el rey á su cuarto y volvió á vestir el traje de corte, que se componía de casaca larga de color pardo, calzones de terciopelo negro, chupa cumplida de raso bordada de oro, y sobre esta la cinta de la orden de San Luis. Y después, con semblante de cariacontecido pasó á la sala donde le esperaba su primer ministro.

—Dime pronto, dijo el rey sin más saludo, traes malas nuevas? Qué ocurre de nuevo?

—Sire, contestó el ministro respetuosamente, de todos modos es algo inesperado lo que ocurre, pero no sé si malo después de hacer mayores indagaciones.

—Indagaciones! repitió el rey. Entonces ¿hablas de un crimen.

—Sí, Sire, de un crimen, el crimen de falsía, y, según parece, de un desfalco en inmensas sumas y objetos de mucho valor.

—¡Ah! suspiró el rey como aliviado de un gran peso. Así, pues, se trata de dinero únicamente.

—No, Sire, se trata de cosas que conciernen á la honra de S. M. la reina.

—¿Se atreverán otra vez á tocarle al honor de la reina? exclamó el rey puesto en pie y rojo de indignación.

—Sí, Sire, se atreven; repuso con calma Breteuil. Y ahora el plan es tan infernal y bien trazado que difícilmente daremos con la verdad. ¿Me permite V. M. que le explique el asunto?

—Tiene razón, baron; dijo el rey sentándose en un banquillo de madera é indicando al ministro hiciera lo mismo en otro.

—Sire, contestó el baron, me aprovecho del favor que me hace V. M. porque me siento cansado, con la carrera que he dado hasta aquí.

—¿Pues qué, es tan urgente el asunto? preguntó el rey sacando su caja de rapé y haciéndola girar entre sus dedos sin usarlo.

—Sí, Sire, muy urgente; respondió el baron sentándose. ¿Recuerda V. M. el hermoso collar que el joyero de la corte, Bohmer, tuvo la honra, hace tiempo, de ofrecer á V. M.

—Sí, que lo recuerdo. Por cierto que en esa ocasión se mostró la reina tan liberal y generosa como suele. Me dijeron que ella había celebrado mucho el collar que la mostró Bohmer, y, sin embargo, que se negó á comprarlo porque le pareció muy caro. Quise comprarlo yo y tener el gusto de regalárselo á la reina, pero ella se opuso decididamente.

—Recordamos muy bien la bella respuesta que S. M. dió á su augusto esposo. Con delicia repitió todo París las palabras de que se sirvió S. M. en aquella ocasión:—“Sire, tenemos mas diamantes que barcos. Cómprase un barco con ese dinero.”

—Tienes buena memoria, porque hace ya cinco años que sucedió eso. Desde entonces Bohmer ha hecho dos veces la tentativa para venderme ese costoso collar; pero le he despedido y al fin prohibíle que me hable más del asunto.

—Creo, que entre tanto, ha osado molestar á S. M. la reina varias veces acerca del collar. Parece que llegó á persuadirse que V. M. quería comprarle. Años há él hizo escoger por toda Europa piedras exquisitas, queriendo fabricar un collar de diamantes grande, pesado y brillante. Como S. M. la reina se negase á pagar los dos millones de francos que pedía por la joya, se la ofreció por un millón y ochocientos mil.

—He oído eso. Tan molesta llegó á verse la reina, que al fin dió orden para que no se admitiera en palacio á Bohmer.

—Y en cumplimiento de dicha orden no volvió el tal joyero á poner los pies en Versailles. Entonces apeló á la pluma, con cuyo motivo S. M. recibió dos semanas há una carta suya, en que la decía que sería muy dichoso si por su medio S. M. entraba en posesión de los mas hermosos diamantes de Europa, implorándola además no olvidase al joyero de la corte. La reina riendo leyó la carta á su dama de honor madama Campan, y dijo que no parecía sino

que el collar había privado de la razón á Bohmer. Pero no queriendo ocuparse más de la carta, ni teniendo la intención de contestarla, la quemó á la luz de una vela que acertó á estar en su mesa.

—¡Santos cielos! exclamó el rey. ¿Y cómo sabes tú esos pormenores?

—Sire, los obtuve de los labios de madama Campan misma, habiendo tenido que hablarle sobre el collar.

—¿Pero qué es lo que hay sobre semejante collar? ¿Qué tiene la reina que hacer con él? preguntó el rey ya sofocado.

—Sire, el joyero de la corte, Bohmer, afirma que lo vendió á S. M. y desea ahora que se le pague.

—Tiene razón la reina, ese hombre ha perdido el seso. Si hubo tal venta, alguien debió estar presente que la confirme, y ciertamente que los cajeros de S. M. sabrían algo.

—Sire, Bohmer asegura que la reina dispuso le compraran el collar en secreto, por un tercero, y que este tenía facultad para exhibir treinta mil francos y prometer doscientos mil más.

—¿Cómo se llama ese tercero? Su nombre.

—Sire, añadió el baron con solemnidad, es el cardenal y gran limosnero de V. M. el príncipe Luis de Rohan.

El rey hizo una exclamación y se puso en pie de nuevo.

—¿Rohan? repitió como dudoso. ¿Y se atreven á mezclar el nombre de este hombre que S. M. odia y desdén con el suyo limpio y puro? Bah! Breteuil; puedes ir en paz; el cuento es demasiado necio para darle crédito.

—Si place á V. M., Bohmer lo ha creído á puño cerrado y ha entregado el collar al cardenal, recibiendo la promesa de pago de puño y letra de S. M. la reina.

—¿Quién lo dice? Cómo has averiguado tú estos detalles?

—Sire, los he averiguado por un memorial que me envió Bohmer después de solicitar en vano que le concediera una entrevista. Bastante confuso estaba el memorial y no lo entendí; pero como manifestase en él que la camarera de S. M. le aconsejó se dirigiese á mí como primer ministro, consideré prudente hablar con madama Campan. Tan importante fué lo que supe por ella que la rogué me acompañase á Trianon y repitiese la historia en presencia de V. M.

—¿Está aquí madama Campan?

—Sí, Sire, y á nuestra llegada supimos que Bohmer se nos había anticipado, deseoso de hablar á la reina. Como siempre le han negado el permiso y se ha marchado llorando y murmurando.

—Ven, dijo el rey, vamos al palacio de Trianon; deseo hablar con Campan.

Y con menudos pasos, el rey, seguido del ministro, salió del molino, y evitando el camino ancho para que la reina no le viese, echó por una vereda que por detrás de las casas conducía allá.

—Campan, dijo el rey apenas entró en el gabinete donde la camarera esperaba, acaba de contarme el ministro una historia tan extraña como increíble. Repíteme tu última conversación con Bohmer.

—Sire, repuso madama Campan haciendo una reverencia, ¿me ordena V. M. que hable antes que la reina sepa lo que pasa?

—¡Ah! exclamó el rey volviéndose para el ministro, ¿ves como tengo razón? Nada sabe sobre esto la reina, de lo contrario ya me hubiera hablado del asunto. Gracias á Dios, ella no tiene secretos para mí. Te agradezco la pregunta, Campan. Mejor es que la reina presencie nuestra conferencia. Enviaré á buscarla.

Y yendo á la puerta, la abrió y gritó:

—¿Hay aquí algún criado de la reina?

Tan sonora y retumbante fué la voz del rey, que el chamberlan Weber, que se hallaba en la antesala, la oyó distintamente y acudió á la carrera.

—Weber, le dijo el rey, corre al pequeño Trianon y di á S. M. la reina, que tenga la bondad de venir al palacio lo mas pronto posible, para consultar sobre un asunto que no sufre dilación. Pero cuida que la reina no se alarme, cosa que no imagine que han llegado malas nuevas de su familia. Corre, Weber; y ahora, baron, añadió cerrando la puerta, ahora te convencerás por tus propios oídos, que la reina se sorprenderá tanto y sabe tan poco de estas cosas como yo mismo. Deseo, por ello, que tú oigas la conversación que voy á tener con mi esposa y Campan, sin que ella sepa que tú estás cerca. De este modo te convencerás de cuán impudente y vergonzoso es el enredo que se traen entre manos. ¿A dónde conduce esa puerta, Campan? preguntó el rey señalando para una blanca, con filetes de oro, casi cubierta por dos cortinas de raso blanco, bordadas de realce.

—Sire, conduce á la salita de recibio.

—¿Pasará por ahí la reina cuando entre?

—No, Sire, ella está acostumbrada á entrar por el mismo rumbo que V. M. trajo, es decir, por la antesala.

—Bien. Entonces, baron, vé á la salita. Deja abierta la puerta, y tú, Campan, suelta las cortinas, de modo que cubran la entrada y pueda oír el ministro sin ser visto.

Apenas había pasado un cuarto de hora cuando entró en su retrete la reina con las mejillas encendidas y muy agitada. Fué el rey á su encuentro, le tomó una mano y la oprimió con sus labios.

—Perdona, María, si he agitado tu diversion.

—Dime pronto lo que hay ¿qué desgracia vas á anunciarme? gritó la reina impaciente.

—No es una desgracia, sino una gran mala-dería, y como tal bien puede considerarse una desventura que se encuentre tu nombre mezclado en un enredo no ménos desagradable que absurdo. Afirma el joyero de la corte, Bohmer, que te ha vendido un collar en un millón y ochocientos mil francos.

—Pero ese hombre está loco; dijo la reina.

—Es eso, Luis, todo lo que tienes que decirme?

—Deseo que Campan repita la conversación que tuvo ayer con Bohmer.

Y diciendo esto el rey indicó á la camarera mayor que se acercara, pues á la entrada de la reina, se había retirado, por respeto, al fondo del cuarto.

—¿Cómo! gritó la reina sorprendida, echando de ver entonces á su camarera mayor. ¿Qué naces aquí? Qué significa todo esto?